

APOGEO Y ESTANCAMIENTO DE LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA CATALANA

Borja de Riquer i Permanyer
Universitat Autònoma de Barcelona

Presentación

Esta exposición es mucho más un breve recorrido descriptivo por la historiografía catalana especializada en la época contemporánea que un diagnóstico profundo sobre su situación actual.

Si en las intervenciones anteriores se ha calificado de desierto, o de seco, otras situaciones historiográficas, en el caso catalán quizá deberíamos utilizar la palabra «marismas» para describir su actual estado: es decir abundancia, o incluso exceso, de aguas—publicaciones—, aunque en una situación de estancamiento, sin fluir ni renovarse apenas.

Mi reflexión tratará, en primer lugar, de repasar lo que significó la gran renovación de los años 60 y 70, haciendo especial hincapié en el peculiar proceso de recepción y asimilación del materialismo histórico entre los contemporaneístas catalanes; y eso porque esta tendencia historiográfica fue sin duda la principal protagonista de la renovación antes citada. A continuación, tras apuntar algunos aspectos de la confusión creada a principios de los años 80, intentaré hacer un balance de la actual situación de la historiografía contemporánea catalana, con sus problemas, déficits, paradojas y algunas de las alternativas engañosas que están apareciendo.

Es difícil sintetizar en una conferencia, o en pocas páginas, estas cuestiones que merecerían un estudio riguroso y múltiples matices. Pero el carácter general de este texto me obliga a globalizar y por ello no podré entrar en excesivos detalles, ni citar muchas obras o a los historiadores más relevantes, con lo que, lo reconozco, existe el peligro de que la exposición sea excesivamente simplificada.

La renovación de los años 50 y 60

Mi primera reflexión se entra en el significado de la renovación historiográfica de los años 50 y 60. Es ésta una cuestión bastante conocida y por ello aquí tan sólo ofreceré una síntesis de este proceso y de su trascendencia.

Como es sabido el carácter contrarrevolucionario y antidemocrático del régimen franquista condicionó de forma notable durante la postguerra la producción historiográfica en España. La profunda división entre vencedores y vencidos no sólo era política, sino que afectaba a las propias tradiciones metodológicas y a las formas de interpretar el mundo y la propia historia. Así, durante los años 40 y buena parte de los 50 la historiografía especializada en los siglos XIX y XX se caracterizó, como ha descrito con detalle Gonzalo Pasamar¹, no sólo por persistir en su tradicional aislamiento respecto el extranjero, sino también por sufrir una clara involución metodológica e interpretativa.

Con el régimen franquista se produjo en las historiografías hispánicas una notable modificación de las temáticas a investigar, de los propios métodos y, sobre todo, de las interpretaciones o visiones históricas. Porque no hay duda que hubo una auténtica involución metodológica y una profunda ideologización de la historiografía². Apareció incluso lo que hasta entonces no había existido nunca en España, una *historiografía oficial* identificada políticamente con el régimen franquista. Era una historiografía que tenía la pretensión de monopolizar tanto la interpretación del pasado como la propia vida académica, y en especial la universitaria. Por ello no puede negarse que se produjo una evidente ruptura con la tradición liberal y positivista, ya que se rechazó oficialmente no sólo esa visión de la época contemporánea, con la condena explícita de las ideas de progreso social y modernidad, sino incluso sus métodos empíricos de investigación fueron cuestionados. En nombre de la tradición y de la religión se intentó imponer en los discursos historiográficos la condena moral y política del liberalismo, y ya no digamos del catalanismo político o cultural, considerado una evidente manifestación separatista incompatible con la «unidad nacional» predicada e impuesta.

Así imperó en la historiografía contemporánea española una visión en exceso conservadora que tendía a revalorizar todo lo antiliberal, como el carlismo, el tradicionalismo, el ultracatolicismo o el integrismo, que eran presentados como lo más genuinamente español frente al liberalismo, juzgado de extranjerizante y poco patriótico.

La historiografía oficial del franquismo acentuó la visión españolista, o mejor dicho «castellanista», de la historia, persistió en los planteamientos esencialistas haciendo apología del aislacionismo cultural y político, y repudió radicalmente las actitudes no solidarias de los nacionalismos vasco y catalán. Y todo ello acompañado de un retorno a metodologías anacrónicas que dificultaban la comprensión de la realidad social y política: predominio

¹ Gonzalo PASAMAR ALZURIA, *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal*. Zaragoza, Prensas Universitarias, 1991.

² Discrepo, por tanto, de la tesis de Ignacio Olabarri que considera que el franquismo sólo significó un retraso que no afectó a la continuidad historiográfica. V. «La recepción en España de la revolución historiográfica del siglo XX», en *La Historiografía en Occidente desde 1945. III Conversaciones Internacionales de Historia*. Pamplona, EUNSA, 1985, p. 89.

de la crónica de la alta política, ideologización y finalismo moralizante de las tesis, obsesión por la personificación de las «responsabilidades históricas», mitificación de personajes y acontecimientos patrióticos, etc.

En Cataluña este proceso involutivo fue acompañado de la marginación, depuración, o exilio del mundo universitario de algunos de los más destacados representantes de la historiografía más vinculada al catalanismo, como Ferrán Soldevila o Pere Bosch i Gimpera.

Dado el desinterés oficial por tan «nefasta» época, la historiografía contemporánea tuvo que afrontar una cierta impopularidad que se tradujo en una notable marginación institucional y académica. Prueba de ello fueron las pocas tesis doctorales sobre esta época leídas esos años, las escasas publicaciones aparecidas y la reducida atención que recibían los siglos XIX y XX en las revistas más oficialistas, como *Arbor* o *Hispania*³. Y esta situación incluso llegó a tal extremo que algunos significativos historiadores manifestaron notables reticencias a considerar la histórica contemporánea como una materia digna de su atención profesional.

Si pongo tanto énfasis en señalar la involución que significó la historiografía oficial española de la primera postguerra es principalmente para después poder apreciar mejor el radical cambio que se produjo a partir de mediados de la década de los 50: la auténtica ruptura metodológica, temática e interpretativa que llevó a la marginación progresiva a las tesis oficialistas en un contexto político que, pese a sufrir alguna leve modificación, continuaba siendo profundamente antidemocrático.

Desde mediados de los 50 la recepción de las metodologías y los enfoques historiográficos que entonces imperaban en Europa occidental, y en especial la propuesta de historia social y económica elaborada por los inspiradores de la revista francesa *Annales*, posibilitó una progresiva renovación del panorama historiográfico catalán. Sin embargo, pienso que no hay que exagerar los estímulos exteriores y que quizá habría que insistir también más en la propia reacción interior contra el predominio de una historiografía oficial de escaso rigor científico y en exceso ideologista. La renovación historiográfica de los 50 será posible gracias a que el mundo universitario fue el pionero en la sensibilización en favor de una apertura cultural y política, que afectaba lógicamente a su propia producción científica. Y aquí es donde hay que situar el trascendental esfuerzo realizado por Jaume Vicens i Vives en Barcelona.

La aportación de Vicens a la renovación de la historiografía de la época contemporánea creo que podría sintetizarse en los siguientes aspectos:

—*Renovación metodológica y temática*, con la incorporación simultánea de los métodos de trabajo de la escuela de *Annales* y con el planteamiento de

³ Véase «40 años de *Arbor*: un análisis autocrítico», en *Arbor*, pp. 479-480, Madrid, noviembre-diciembre 1985, y también Antonio Niño Rodríguez, «La historia de la historiografía, una disciplina en construcción», en *Hispania*, XLVI/163, Madrid, 1986, pp. 395-417.

la necesidad de cambiar el enfoque de las investigaciones. Este cambio se caracterizó por la introducción de los estudios de carácter económico y social, con una clara base científica (documentación, estadística, etc.), y por la pretensión de dar una dimensión más global al análisis de la época contemporánea. La necesidad de dar una mayor presencia en la interpretación histórica a las clases sociales, e incluso las clases trabajadoras, marcó un hito trascendental, aunque en el inicial esquema interpretativo de Vicens los grupos subalternos desempeñaban un papel relativamente secundario. Así, con Vicens se abandonaron las tesis que hacían recaer las responsabilidades en personajes históricos y se avanzó considerablemente en el planteamiento central de las coyunturas en las que los fenómenos históricos eran el resultado de la confluencia de diversos factores que escapaban de la voluntad de los hombres.

—*Revisión interpretativa*, desde la investigación, de las tesis sobre la época contemporánea. Gracias a su solidez empírica y positivista, y a su ambición interpretativa, Vicens logró reivindicar con eficacia el sentido histórico de los siglos XIX y XX, frente aquellos que defendían la necesidad de un mayor alejamiento temporal antes de analizarlos. Vicens dotó a sus interpretaciones de una nueva dimensión, inédita hasta entonces en España, al combinar el conocimiento político, con la historia institucional y con la temática social y económica. Y, al mismo tiempo, reivindicó la necesidad de la regionalización de la historiografía como base para a construcción de una visión española más rica y auténtica.

—Preocupado por las síntesis, Vicens, con notable intuición y sentido crítico, supo elaborar unas *interpretaciones globales* de la época contemporánea que significaban una alternativa rigurosa a las tradicionales tesis oficialistas. El impacto de las visiones de Vicens, expuestas tanto en obras de temática española (*Manual de Historia Económica* y en la *Historia Social de España y América*) como catalana (*Industrials i Politics*), fue considerable y abrieron grandes posibilidades para posteriores investigaciones que partieran de las múltiples sugerencias temáticas en ellas reflejadas.

—Creación de una infraestructura de apoyo a la historiografía científica, poniendo énfasis de la necesidad de la crítica y de la elaboración de repertorios bibliográficos: tanto sus *Estudios de Historia Moderna* como el *Índice Histórico Español* supusieron un considerable esfuerzo y tuvieron una notable influencia en los años 50 y 60, aunque posteriormente entraran en una etapa de decadencia y parálisis.

Por todo esto hay que considerar a Jaume Vicens i Vives como el auténtico creador de las bases de una historia contemporánea catalana, e incluso española, más integrada, más rigurosa y más crítica. Pese a su prematura muerte, en 1960, la influencia directa e indirecta de Vicens entre los contemporaneístas fue decisiva durante años.

Pero Vicens significó también una *profunda ruptura en el interior de la historiografía catalana*, un radical cambio frente a las limitaciones teóricas

y el ideologismo de la tradición neoromántica que culminaba con la obra de Ferrán Soldevila. La historiografía catalanista, que hasta entonces apenas si había asumido planteamientos teóricos sólidos, se había caracterizado por la voluntad de priorizar un victimismo histórico que acababa ofreciendo la visión de una Cataluña ideal y eterna. Frente a ello Vicens intentó explicar la historia contemporánea de Cataluña partiendo, eso sí, de su compleja y conflictiva articulación dentro del estado español, pero buscando las causas y la evolución de los hechos mucho más en el conocimiento de las contradicciones internas de la propia sociedad y no en la dialéctica Cataluña-España⁴. Es importante destacar también la importancia de la evolución impulsada por Vicens hacia temáticas contemporáneas, los siglos XIX y XX, abandonado el medievalismo, coto tradicional del romanticismo historiográfico catalán.

La década de los 60 y los primeros años 70 fue, sin duda, la época de mayor cambio y desarrollo de la historiografía contemporánea, cosa que condujo a una ampliación de la renovación temática y metodológica y a la superación de buena parte de las desorientaciones y déficits anteriores.

Evidentemente hay que partir de nuevo contexto económico, político y social que significaron los años del llamado «desarrollismo», de la pseudo-apertura informativa y cultural de Fraga Iribarne y de la emergencia de una nueva oposición política, que logrará una influencia ideológico-cultural considerable. Y al mismo tiempo debe recordarse que las mayores posibilidades de acceso a la educación superior provocaron que las universidades dejaran de ser elitistas, iniciasen su masificación, con lo que se convertieron en un importante centro de crítica y conflictividad política.

Estas nuevas circunstancias afectaron tanto a la propia investigación histórica, como a la docencia y a la divulgación. Desde mediados de los 60 se amplió considerablemente el número de estudiantes y profesores de historia, cosa que redundó en el aumento de las investigaciones al tiempo que se revitalizaba y se mejoraba la docencia.

La recepción del marxismo

Es poco lo que se ha estudiado sobre los caminos de llegada del materialismo histórico a Cataluña, sobre las características de su recepción y de su asimilación⁵.

⁴ Una inteligente reflexión sobre esta ruptura puede encontrarse en Eva SERRA i PUIG, «Una aproximació a la historiografía catalana: els antecedents», y «El nostre segle», en *Revista de Catalunya*, número 26 y 27, Barcelona, enero y febrero de 1989.

⁵ Véase el artículo de Emili GASCH i Francesc RÓCA, «Marxisme», en *Ictineu. Diccionari de les Ciències Socials de la Societat als Països Catalans*, Barcelona, Edicions 62, 1979 y el de Josep Maria Fradera, «Cent anys de la mort de Karl Marx. La historiografía actual: es cas de Catalunya», en *Avui*, 13 de marzo de 1983.

En gran medida la peculiar recepción del marxismo entre los historiadores estuvo marcada por dos condicionantes de gran trascendencia: en primer lugar la muy *escasa tradición marxista anterior a 1939* y en segundo por la *involución ideológica y metodológica que significó el franquismo*.

Es sabido que antes de la guerra civil eran muy escasos los catalanes familiarizados realmente con el marxismo. En general los políticos e intelectuales que se proclamaban marxistas eran básicamente lectores y divulgadores del leninismo. Es difícil encontrar entre la bibliografía histórica y política de los años 30 obras que respondan a una real asimilación del marxismo y cuyos análisis evidencien planteamientos claramente materialistas. Así, los ensayos escritos, por ejemplo, por Joaquim Maurín o Andreu Nin, si bien representaban un notable esfuerzo para otorgar un enfoque científico a la interpretación histórica, no eran más que una simplificada versión leninista del pasado histórico catalán y no respondían a investigaciones empíricas y profundas de éste⁶.

El segundo condicionamiento, la existencia del franquismo con su consiguiente involución metodológica, ya ha sido tratado anteriormente, pero debe destacarse que si bien la dictadura era una clara hipoteca que dificultaba una rigurosa reflexión histórica, marginaba del mundo académico a intelectuales de izquierdas e impedía divulgar libremente planteamientos marxistas, también constituyó un claro reto, fue hasta un estímulo para que surgiesen alternativas más creíbles, más rigurosas y claramente antagónicas al discurso histórico oficial.

Como antes hemos mencionado con la renovación historiográfica de los años 50 impulsada por Jaume Vicens se crearon las condiciones ambientales y metodológicas para que el marxismo pudiera empezar a divulgarse como un instrumento de análisis útil y por ello a aceptarse. Pero debe recordarse también que el cambio historiográfico de aquellos años respondía a una *motivación cívica y política*, y no puramente científica. Porque la penetración del marxismo en Cataluña estuvo directamente vinculada a la renovación de la oposición política antifranquista de los años 60 y en especial al crecimiento e influencia de organizaciones como el P.S.U.C. en los medios universitarios e intelectuales.

A la muerte de Vicens el terreno estaba ya preparado para que bajo el influjo de la obra de Pierre Vilar *Catalunya dins de l'Espanya Moderna*, aparecida en francés en 1960 y en catalán en 1964, se consolidase la ruptura metodológica y una parte de los discípulos de aquél postulasen propuestas ya claramente marxistas. Así, la versión del marxismo historiográfico que llegó a Cataluña fue la que podríamos calificar de francesa siendo la figura y las publicaciones de Pierre Vilar los puntos iniciales de referencia. Y tras

⁶ F. ARTAL, E. GASCH, C. MASSANA i F. ROCA, *El pensament econòmic català durant la República i la Guerra (1931-1939)*, Barcelona, Edicions 62, 1976.

Vilar, las obras de Ernest Labrousse y de Albert Soboul sirvieron para consolidar la penetración metodológica del marxismo. El camino fue después ampliado por algunos de los discípulos más destacados de Vicens, especialmente por Josep Fontana. Pero es interesante destacar estos inicios vinculados al marxismo francés y el hecho que las obras de los marxistas británicos, como el primer E. J. Hobsbawm o Maurice Dobb, fueran conocidas algo posteriormente.

Sin embargo, la asimilación del marxismo historiográfico, con toda su complejidad teórica, conceptual y metodológica, fue bastante superficial ya que, quizás con la excepción de Fontana, pocos fueron los historiadores que acudieron a las fuentes directas. La mayoría, de hecho, se limitó a leer breves obras de divulgación marxista en francés o aquellas curiosas antologías de escritos del propio Marx que la censura franquista empezaba a tolerar a mediados de los 60.

La falta de formación teórica que afectaba a la mayoría de los universitarios, la imposibilidad de un debate científico abierto (sólo en seminarios semi-clandestinos) y la propia precariedad de la infraestructura académica y cultural de los años 60, hizo que *la asimilación del marxismo fuese bastante pragmática, superficial y quizá mucho más el resultado de una «conversión» político-ideológica que no científica.*

Eso explica el prioritario interés despertado entre los jóvenes historiadores marxistas catalanes por el estudio de los fenómenos que podían servir mejor para explicar y comprender la propia situación política y económica catalana y española de aquellos años. Así, preocupados por entender las raíces del franquismo, aquella peculiar situación de atraso económico y ausencia de democracia, se despertó el interés por conocer cómo se había implantado el capitalismo en España. Pronto aparecieron importantes investigaciones que analizaban la crisis del Antiguo Régimen o las características que había tenido el proceso revolucionario burgués, y la famosa polémica sobre el sí o el no a la «revolución burguesa», para lo cual se utilizó, a veces de forma harto mimética, el «modelo» revolucionario francés casi como único punto de contraste. Y a partir de aquí surgió la preocupación por el estudio de la especial vida de desarrollo del capitalismo español: sobre su «fracasada» revolución industrial, el «subdesarrollo» del sector agrario, o los desequilibrios regionales creados. Y como consecuencia de que gran mayoría de la producción historiográfica sobre el siglo XIX español y catalán era hasta entonces reductivamente política e institucional se produjo una falsa identificación entre marxismo e historia económica que ha perdurado muchos años.

Otra temática privilegiada por el análisis marxista fue el estudio de los movimientos sociales y políticos de las clases subalternas, cosa que se concretó, en realidad, en numerosas obras centradas en las organizaciones ideológicamente más radicales, o en los dirigentes, del movimiento obrero catalán.

El nacionalismo catalán también recibió la atención de los historiadores marxistas, aunque el entonces discutido, y después siempre discutible, ensa-

yo de Jordi Solé Tura *Catalanisme i revolució burgesa*, publicado en 1967, desvió durante años el debate hacia unos términos mucho más ideológicos que puramente historiográficos.

La propia coyuntura de finales de los años 60 y principios de los 70 sirvió para consolidar la difusión del marxismo entre los jóvenes historiadores. Las ya masificadas universidades de Barcelona se convirtieron en unas importantes plataformas de propaganda y de aprendizaje marxista; parecían contribuir también a ello las grandes posibilidades divulgativas que significaron las colecciones de libros de bolsillo y la aparente hegemonía del pensamiento de izquierdas filomarxistas en los sectores culturales antifranquistas.

Este ambiente marcó decisivamente la formación de los nuevos historiadores marxistas catalanes. Se adoptaron, generalmente, unos esquemas y unos planteamientos históricos muy ideologizados ya que partían del hecho de considerar los cambios revolucionarios como algo históricamente necesario para acabar con las dictaduras y los regímenes oligárquicos, para superar seculares atrasos económicos y políticos, y para lograr la transformación de unas sociedades que eran consideradas profundamente injustas.

Pero, vuelvo a repetirlo, creo que la asimilación del marxismo por parte de esos historiadores fue mucho más por la vía del discurso ideológico y político, y no a partir de la comprensión teórica de lo que implicaba el materialismo histórico, de tener sensibilidad ante los complejos problemas de la investigación y de procurar hacer predominar el rigor empírico a todo tipo a argumentación predeterminada.

Todo lo cual explica que, a veces, se cayese en un cierto determinismo económico, en formular unos discursos muy cerrados en sí mismos, como las largas consideraciones casi retóricas sobre los modos de producción y otras fórmulas mecanicistas que pretendían explicarlo todo y que utilizaban una densidad conceptual en absoluto asimilada. Incluso llegaron a tener una cierta influencia las últimas modas ideológicas del París del 68, como aquella degeneración filosófica del marxismo que significó la obra de Louis Althusser, o la vía sociologista representada por los estudios de Nicos Poulantzas.

Y eso contrasta sorprendentemente con la reducida difusión y asimilación de las obras de otros marxistas, como Antonio Gramsci, cuando éstas sí podían servir para analizar mucho mejor problemas hispánicos que eran relativamente semejantes a los italianos, como los derivados del peculiar funcionamiento de una sociedad capitalista desequilibrada (subdesarrollos regionales, fragilidad del régimen liberal, falta de hegemonía burguesa, etc.). Otro ejemplo claro del sesgado proceso de asimilación del marxismo será la tardía y reducida, entonces, recepción de las obras de E. P. Thompson, en particular su innovador planteamiento sobre la necesidad de no centrarse en el estudio de las organizaciones obreras sino en el análisis del conjunto de experiencias que convertían a un grupo de hombres, sometidos a unas mismas condiciones de vida y de trabajo, en una clase con concien-

cia de serlo. Y es significativo constatar que pese al renovador carácter de las aportaciones de Thompson su fundamental obra sobre la formación de la clase obrera no fue traducida hasta 14 años después a la aparición de la edición inglesa.

Pese a estas notas críticas el avance historiográfico impulsado por el marxismo en Cataluña había sido notable como se podía apreciar tanto en la percepción más ajustada del papel de las clases sociales, como en el estudio profundo de las estructuras en las que se situaban las dinámicas sociales y políticas que aparecía en muchas investigaciones.

Primeras percepciones de las insuficiencias historiográficas

A mediados de los 80 empezaron a ser evidentes las insuficiencias y los problemas que tenía la historiografía catalana contemporánea. No podía negarse el crecimiento cuantitativo de la producción, la considerable ampliación temática, la utilización de muchas fuentes e incluso el avance hacia una mayor profesionalización, en contraste con el teleologismo que impregnaba el neoromanticismo catalanista.

Pero también se empezaba a ser autocrítico y a señalar la dificultad que había para rehacer, ampliar y enriquecer las interpretaciones globales fabricadas años antes, para abordar con nuevos planteamientos metodológicos los grandes temas generales, los problemas históricos de mayor trascendencia, cosa que sí se estaba haciendo en otras historiografías extranjeras, e incluso en algunos núcleos historiográficos hispánicos, como por el ejemplo el valenciano. La historiografía contemporánea catalana parecía estar perdiendo dinamismo respecto al resto de España ya que mientras se producían importantes avances en otras zonas aquí predominaba una cierta autosatisfacción, un dormirse en los viejos laureles. Daba la sensación de que en Cataluña no se sabía dar un salto cualitativo, no se aceptaba el reto en encontrar el recambio apropiado a las tesis interpretativas elaboradas en los años 60 y 70, que si bien ya estaban siendo cuestionadas no acababan de ser sustituidas de modo satisfactorio.

En 1982, en un artículo conjunto con Miquel Barceló y Enric Ucelay Da Cal, realizamos un breve balance de la historiografía catalana y señalamos los elementos que, en nuestra opinión, estaban provocando su estancamiento y crisis, y que afectaban principalmente a lo que allí denominábamos el «frontpopulisme historiogràfic», es decir esa amplia y un tanto heterogénea tendencia compuesta por los historiadores «progres», los que más o menos se habían vinculado a planteamientos marxistas⁷.

⁷ Miquel BARCELO, Borja DE RIQUER y Enric UCELAY DA CAL. «Sobre la historiografía catalana», en *Avenc*, número 50, Barcelona, junio de 1982.

Sin duda, eran muchos los factores que estaban provocando esa situación de desaceleración, pérdida de dinamismo innovador e incluso de confusión metodológica. Pero mientras unos tenían un carácter claramente interno otros eran externos al mundo estricto de la historiografía.

El principal factor exterior era la nueva situación política, es decir la transición y estabilización democrática y autonómica producida a finales de los 70 y principios de los 80. Porque este proceso había provocado una considerable pérdida de la influencia social de la historia y de papel los historiadores, sobre todo de los contemporaneístas, catalanes. Había entrado en crisis ese finalismo político que había condicionado buena parte de la producción historiográfica «frontpopulista»; es decir, aquellos planteamientos que insistían en el «compromiso» del historiador con una sociedad que era catalana, pese al franquismo, y con unas clases populares, también oprimidas por la dictadura, y que por ello la obra a realizar no era exclusivamente profesional sino también cívica. Acabado el franquismo ahora era preciso asumir que la nueva realidad democrática cuestionaba notablemente el plantearse la tarea del historiador como un deber básicamente moral.

Pero la confusión no era sólo provocada por estos cambios políticos sino también por los propios problemas y limitaciones de la historiografía, por la persistencia y cristalización de muchos de los «vicios» desarrollados durante los últimos años. Intentaré esbozar cuáles eran, en mi opinión, los más importantes de ellos.

Creo que la historiografía catalana contemporánea continuaba estando muy *aislada*, ya que funcionaba demasiado autónomamente con respecto a las otras ciencias sociales. Y eso se apreciaba tanto en el mundo de la docencia universitaria como en el de la investigación. Había escaso contacto con la sociología, con las ciencias políticas, con la historia cultural y del pensamiento, con la antropología, e incluso con la historia económica. La historia funcionaba como un compartimento cerrado, claramente autónomo, que apenas si tenía diálogo, contraste y complementariedad con las otras ciencias sociales.

La catalana era una historiografía *encerrada en su pequeño país*, por lo que corría el peligro de convertirse en una historiografía provinciana. Era aún importante el peso de la tradición historiográfica «patriótica», que respondía a una actitud resistencialista frente a la historiografía españolista. Y eso se manifestaba también en el escaso interés y tradición que había por realizar estudios de carácter comparativo y de contraste con otros países hispánicos o extranjeros. Todo ello quedaba evidenciado por la casi total ausencia de especialistas en historigrafías no hispánicas.

Igualmente era *tardía y superficial la recepción y asimilación de las novedades metodológicas e interpretativas extranjeras* y de los más trascendentes debates historiográficos mundiales. Debe constatarse con realismo que aún hoy estamos bastante al margen de las discusiones y debates más trascendentales y de las líneas de renovación más actuales. Casi nadie se ha he-

cho eco aquí de la polémica Hobsbawm-Stone, ni de analizar y criticar la posible utilidad de las tesis de Arno Mayer sobre la pervivencia de los valores del antiguo régimen en la sociedad de principios del siglo XX; apenas se conocen de las provocadoras tesis de De Felice sobre el consenso popular al fascismo, e incluso el último libro Hobsbawm sobre los nacionalismos sólo ha merecido algún comentario disidente entre los historiadores más identificados con el carácter «nacional» de la historiografía catalana.

Naturaleza de la actual crisis historiográfica

Más de uno ha señalado con astucia que la crisis estaba motivada fundamentalmente por el «hundimiento» del marxismo. Considero, sin embargo, que es pertinente responder a esta globalización y simplificación del problema analizando, en el terreno estricto de la historiografía, qué tipo de marxismo está realmente en crisis y qué tipo no lo está.

Debe reconocerse que el balance de la producción historiográfica del marxismo catalán en lo referente a la época contemporánea es, en realidad, bastante dispar: se han publicado excelentes y ejemplares investigaciones que han significado la imposición de sus nuevos planteamientos interpretativos globales sobre el siglo XIX español y catalán. Pero también han abundado meros traslados de esquemas exteriores que eran adaptados aquí con mayor o menor gracia. Ahora bien no puede ni debe desconocerse el papel de vanguardia renovadora y de referencia que a nivel español desempeñaron los contemporaneístas marxistas catalanes durante los años 60 y parte de los 70.

Pero, ¿qué es lo que realmente ha entrado en crisis en la historiografía marxista? Creo que lo que se ha producido es básicamente el hundimiento de aquellas formas doctrinarias, y casi religiosas, de divulgar el marxismo. Aquellos discursos que se había convertido en un conjunto de formulaciones retóricas, casi muertas, que ya no conectaban con los problemas reales existentes en la sociedad de los años 80 y 90.

Y debe destacarse que esta crisis es muy apreciable sobre todo en el mundo de la enseñanza de la historia, tanto en la universidad como en los institutos. Hoy ya no puede utilizarse parte de aquel instrumental teórico porque ha envejecido, ya no sintoniza con los intereses y aspiraciones de las nuevas generaciones. Actualmente parte de los manuales de historia, de las obras de síntesis o de divulgación, y no tanto las de investigación, son obsoletas ya que se construyeron a partir de un tipo de discurso que pretendía resolverlo todo con unas respuestas que hoy nos parecen harto simplistas y poco matizadas.

Por todo ello hay desconcierto entre muchos historiadores y enseñantes que se reclamaban del marxismo. Se sienten no sólo confusos sino incluso inseguros y desarmados. Porque debe reconocerse que el análisis marxista

en el mundo de la enseñanza y de la divulgación de la historia hacía que el docente se sintiese útil socialmente puesto que fomentaba «la conciencia crítica» en sus alumnos y les hacía comprensible y deseable el objetivo de cambiar aquella injusta sociedad.

Pero no sólo es la crisis de ese marxismo «catequístico» lo que ha provocado la confusión historiográfica actual. Hay otros aspectos tanto o más preocupantes, como por ejemplo el *divorcio* creciente que se aprecia *entre investigación y divulgación*. Y esto está siendo provocado por la tendencia a hacer estudios muy monográficos, los resultados de los cuales ya no se sabe incorporar a la interpretación general. Hay una clara huida hacia la superespecialización, en buena parte como respuesta a la confusión global existente: el resultado es la excesiva fragmentación de los campos de análisis, la tendencia a la atomización de las investigaciones y a la dispersión en esfuerzos múltiples pero dispares.

Parece que no se logran hacer síntesis realmente nuevas que incorporen todo el enorme volumen de nuevos conocimientos acumulados. Hay muchas monografías comarcales, locales o temáticas bien hechas, que sirven para comprender las transformaciones sociales y los principales procesos históricos, pero que no se han incorporado suficientemente al discurso global interpretativo. Quizá la única excepción, que confirma todo lo dicho, sea el gran esfuerzo de interpretación y de síntesis innovadora que representa el libro de Fontana sobre el siglo XIX catalán⁸.

Esta situación, con esos déficits y problemas, ha conducido igualmente a otro tipo de *divorcio*, *el de los historiadores y el gran público*. Se está produciendo otro inquietante fenómeno: la conquista de los más eficaces medios de divulgación por parte de publicistas, por gente de pluma o lengua fácil, dotados de un escaso rigor científico, pero con gracia y habilidad para saber difundir su especial visión histórica hacia el gran público. Mientras tanto los historiadores permanecen encerrados en sus torres de papel, en sus archivos o departamentos, desconectados de lo que la sociedad demanda. Incluso da la impresión de que hoy algunos historiadores escriben sólo para sus amigos y para unos cuantos colegas y no para el conjunto de la sociedad, para el gran público.

No hace mucho un historiador italiano comentaba con curiosidad el fenómeno de cómo los historiadores españoles habían dejado de ser un punto de referencia ciudadano. Y afirmaba que hoy ante a la opinión pública española los que tenían prestigio intelectual y se otorga relevancia a su opinión eran los filósofos, los sociólogos o los comunicólogos, pero no los historiadores, cosa que no pasaba en Italia. Esto debería hacernos reflexionar sobre lo que nos está pasando.

⁸ Josep FONTANA, «La fi de l'Antic Règim i la industrialització (1787-1868)», volumen V de la *Història de Catalunya*, dirigida por Pierre Vilar, Barcelona, Edicions 62, 1988.

Otro elemento preocupante que incide en la crisis y confusión citada es la dejadez y desinterés existente ante la necesidad de dirigir la investigación histórica y fomentar la formación de los futuros historiadores.

Aquí deberíamos ser sinceros y atrevernos a ser más críticos, o autocríticos, con el mundo universitario. Creo que hoy se puede hablar sin demasiado error de que existe una auténtica *claudicación científica de la universidad* en su papel de dirección y promoción de la actividad científica y formación de investigadores. Hoy hay una total falta de autoridad e interés científico por parte de los departamentos para promover, suscitar, ayudar y dirigir la investigación histórica. Y ello es, en buena parte, resultado evidente de la ausencia de directrices. No hay centros de referencia que analicen los déficits historiográficos existentes y señalen las líneas y temáticas de investigación que deberían ser abordadas prioritariamente. En los propios departamentos universitarios hay poco interés por promover líneas de investigación coherentes y apenas si existen equipos de trabajo amplios. Continúa predominando la tarea individualista, el voluntarismo meritorio de unos cuantos. Por ello debe denunciarse sin tapujos el abandonismo científico en el que han caído bastante profesores que, reconfortados quizá con su estabilidad funcional, parecen haber decidido «plantearse» y dejar de ejercer como investigadores.

Hoy el balance científico del mundo universitario catalán, en lo que compete al área de historia, es más bien penoso: los departamentos apenas si actúan como centros de discusión y debate sobre la investigación y la docencia, sino como meras instancias burocráticas. El interés que muestran por tratar de cuestiones de carácter metodológico, conceptual y de historia de la historiografía es casi nulo. Y ello redundante, lógicamente, en la débil formación teórica de los jóvenes historiadores: ausencia casi total de seminarios universitarios realmente eficaces; organización de unos programas de doctorado que no pasan de ser una relación de créditos sin articulación alguna entre ellos; casi total ausencia de asignaturas y prácticas realmente formativas. El resultado de esto es que hoy, como hace 30 años, predomina en el mundo historiográfico universitario el pragmatismo más absoluto, la autoformación y el esfuerzo personal apenas reconocido.

No creo exagerar si digo que la historiografía contemporánea catalana es aún hoy poco profesional en sus métodos y apenas tiene tradición de crítica y debate. Continúan sin explicitarse las divergencias interpretativas y metodológicas y sigue muy extendida la actitud de identificar toda crítica con ataque personal.

Todo ello viene agravado y favorecido por los déficits de la infraestructura científica y cultural y la escasa actividad de las instituciones públicas: ausencia de repertorios bibliográficos, ediciones documentales, penuria y desorden de los archivos, falta de centros de documentación, poca informatización y bases de datos.

Hace dos años Enric Ucelay Da Cal afirmaba que la historiografía contemporánea catalana estaba deprimida y estancada y le reprochaba no hacerse preguntas⁹. En efecto en estos últimos años de los 80 y inicios de los 90 se puede constatar la notable pasividad intelectual de los historiadores, el continuado pragmatismo de su producción, el claro predominio de inercias conservadoras y la total ausencia de autocritica. Hoy se publican cantidad de libros, al margen de su posible calidad, gracias a la ausencia de crítica y a la política indiscriminada e interesada de subvenciones por parte de las instituciones públicas. Y así, como no existe una competencia real, no hay incentivos para mejorar la calidad del «producto historiográfico». Por ello si hoy la influencia de la historiografía catalana en la española es bastante reducida, en el caso del mercado internacional su presencia es casi nula.

Comentarios breves a unas alternativas engañosas

La confusión reinante estos últimos años en el mundo historiográfico catalán hace que éste sea un terreno propicio para que aparezcan e incluso arraiguen diferentes propuestas o modas que, en mi opinión, encierran un gran peligro ya que afectan directamente a la misma concepción de la historia como ciencia y a la propia tarea de los historiadores. Estas alternativas engañosas podrían concretarse quizá en tres: el *retorno al esencialismo ideologista*, la *invasión de los escépticos* y la *soberbia del cientifismo sociológico*.

No es fácil que una historiografía como la catalana se emancipe fácilmente de las visiones políticas interesadas, dadas las características mismas de nuestra historia más reciente. Por ello no constituye ningún descubrimiento decir que hoy en la producción historiográfica catalana el presentismo es aún una realidad evidente. Pero empieza a ser preocupante la reactivación de las visiones basadas en la tópica narración construida por el catalanismo romántico y conservador a principios de siglo. Una narración que ahora nos aparece actualizada, pero que insiste en los mismos ejes idealistas y esencialistas y tiene casi las mismas pretensiones finalistas, teleológicas, que antes. Y es inquietante la insistencia que se hace en presentar Cataluña como un país aislado, amenazado y agredido constantemente desde fuera, y la exaltación de las supuestas actitudes unánimes de los catalanes. Hay quien realiza auténticos juegos de manos para esconder o enmascarar los problemas, las contradicciones y las divisiones profundas existentes en nuestra sociedad. De hecho se trata de un consciente retorno al esencialismo, a hacer de la «nación», o mejor dicho de la «patria», el principal sujeto del análisis histórico.

⁹ Enric UCELAY DA CAL, «La historiografía dels anys 60 i 70: marxisme, nacionalisme i mercat cultural català», en *La Historiografia catalana*, Quaderns del Cercle, número 6, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, Girona, 1990, p. 54.

Y este *retorno al esencialismo ideologista* se está extendiendo a todos los niveles. Así las llamadas a la pureza ideológica nacionalista, a insistir en el carácter «nacional» de la historia se han intensificado últimamente. Incluso hay propuestas más o menos oficiales para que la historia que se enseñe en el nuevo bachillerato catalán tenga como misión básica «el fomentar la conciencia nacional», cosa que recuerda aquellos nefastos años en los que nos predicaban una pintoresca asignatura llamada «Formación del Espíritu Nacional». Considero peligroso, además de ser un grave error político, pretender potenciar desde las instituciones este tipo de planteamientos ideologistas y sacralizadores de la historia, ya que son unas propuestas que están a un simple paso del puro adoctrinamiento.

Otra reacción muy común ha sido la de adoptar una actitud de total *escepticismo metodológico e ideológico*. Sin embargo, manifestar una profunda desconfianza ante cualquier planteamiento teórico lleva, lógicamente, a practicar un claro positivismo, pese a que se le intente disfrazar con formas exteriores más modernas y sofisticadas.

El escepticismo, junto con la superficialidad y la frivolidad, aparece manifestados en el interés mostrado por algunos historiadores por cambiar a menudo de planteamientos metodológicos, sumándose a las últimas modas foráneas, sin que en ningún momento justifiquen teóricamente la opción adoptada. Y ese escepticismo frecuentemente culmina postulando el famoso retorno a la narrativa, a la exposición «neutral» y desprovista, dicen, de connotaciones ideológicas.

Pero proponer el predominio de la narración no es sólo una forma supuestamente más atractiva de presentar el discurso histórico, sino que implica también un claro contenido. Porque la narrativa no es una alternativa real a los sistemas teóricos; muchas veces no es más que un fácil recurso para construir simplistas visiones de conjunto ante la excesiva complejidad y la compartimentación en numerosas especialidades de la investigación histórica.

También desde hace unos años algunos sociólogos e incluso historiadores están proponiendo lo que ellos denominan «la superación de la historia»: una especie de alternativa moderna y renovadora a la envejecida, según ellos, historia tradicional. Partiendo de unos supuestos, o no tan supuestos, excesos deterministas de los historiadores «progresistas», proponen la modernización del discurso y de las técnicas de la historia. Pero de hecho, lo que están postulando es la construcción de una «ciencia neutra», que aplique los métodos y las técnicas de la antropología social, de la sociología y de la ciencia política, con el objeto de reconstruir, según ellos, el método de análisis de las sociedades. Consideran que otras ciencias sociales menos cuestionadas hoy que la historia son más útiles para analizar las sociedades ya que el instrumental de los historiadores está ya «superado».

La soberbia del discurso del cientifismo sociológico se patentiza por las constantes alusiones a su superioridad y al mayor rigor científico de aquellas disciplinas que tienen capacidad para construir modelos teóricos supuesta-

mente interpretativos, frente a la historia que nunca puede pretender tal cosa. Esta tesis va acompañada, significativamente, de un notable desprecio por la investigación empírica, que es la esencia misma del oficio de historiador. Especialmente es significativa la tirria que manifiestan los postuladores de esta propuesta a la historia local, a la que acusan de querer destruir las grandes visiones de conjunto «nacionales» y de pretender atomizar la visión histórica.

Estos cientifistas proponen la construcción de una teoría sobre el funcionamiento de las sociedades en la cual, de hecho, desaparece el análisis histórico de los fenómenos sociales. En su afán por construir categorías sociológicas, por definir conceptualmente los grupos, acaban perdiendo la visión temporal, evolutiva y dinámica de las sociedades, que es el punto clave del auténtico análisis histórico. Su propuesta acaba por diluir la historia dentro de un magma de ciencias sociales con lo cual se dificulta notablemente la posibilidad de analizar en toda su profundidad las causas de los desequilibrios y de las contradicciones existentes en las sociedades.

A modo de conclusión

Creo que debemos reaccionar ante estas desviaciones, y hacerlo de forma clara y eficaz. Respecto al fenómeno del ideologismo esencialista es preciso insistir en aquello que es propio de la tarea del historiador. El centro de nuestro estudio no es «la patria», la que sea, sino los problemas y los fenómenos históricos. Nosotros debemos estudiar, por ejemplo, los movimientos nacionalistas y no la nación. No hemos de justificar naciones ni patrias, sino analizar el surgimiento y evolución de los movimientos sociales que sostienen tal existencia nacional. Los historiadores no somos unos teólogos, sino que pretendemos ser unos científicos.

Y tratando de esta cuestión quizá sea pertinente recordar aquello que Pierre Vilar explica en uno de sus últimos escritos¹⁰. Recuerda Vilar que una vez le preguntaron si él creía que Cataluña era una nación. «No lo creo», respondió Vilar rápidamente; pero, ante la perplejidad de su interlocutor, añadió en seguida, «Lo pienso», que es muy diferente.

En efecto, lo que crea un historiador, sus creencias concretas, no interesan a nadie. El historiador piensa, reflexiona, analiza y tras sus investigaciones llega a unas determinadas propuestas, hace una interpretación. Porque el historiador es, o debe ser, un científico y no un doctrinario. Su centro de estudio son los fenómenos y los problemas existentes en la sociedad y que afectan a los hombres, a todos los hombres. No debe divagar sobre las esencias, no debe centrar su atención exclusivamente en las reconstrucciones

¹⁰ Pierre VILAR, «Catalunya avui», en el VIII volumen de *Història de Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 1990, p. XXXI.

que en su imaginario han elaborado algunos pensadores, por prestigiosos y relevantes que éstos puedan ser; eso compete a la historia del pensamiento o de las ideologías, pero no a la de los comportamientos de los grandes colectivos sociales. En cambio lo que sí debería preocupar a los historiadores catalanes, por ejemplo, es el por qué se ha situado de forma reduccionista la problemática del nacionalismo en el terreno del estudio de la burguesía, del crecimiento económico y de la reforma del estado español, y por qué no en el análisis de las propias estructuras históricas.

Tampoco podemos los historiadores esperar que disciplinas como la sociología, la antropología o la psicología nos den los elementos clave para determinar cuál es la perspectiva de análisis más adecuada, ya que ellas son un complemento, de hecho subordinado, a la historia, y nunca una alternativa a ella. Porque esas otras ciencias sociales se ven siempre obligadas a presuponer alguna concepción de la realidad histórica, no pueden evitar un primer enmarcamiento histórico para poder constituirse ellas mismas como ciencias: es decir, son ellas las que no pueden prescindir de la historia. Así, mientras la historia ambiciona abarcar en su análisis la totalidad de las sociedades, los instrumentos de los sociólogos o de los antropólogos, sólo sirven para analizar parcelas de esa globalidad. Con la fragmentación del análisis se pierde de vista que el objeto central del estudio histórico es la evolución del hombre en sociedad, cosa inabarcable para esas visiones que se presentan como supuestas alternativas más científicas. Eso no quita que reconozcamos que la historia debe enriquecerse integrando las aportaciones de estas ciencias cosa que se ha hecho y aún se hace muy escasamente.

Con respecto a los escépticos el reto que tenemos es el de salvar la historia como ciencia útil y necesaria. Saber adaptar el discurso histórico a las preocupaciones y necesidades de la sociedad de los años 90. Y eso implica ser renovador, ser críticos y autocríticos. Saber renovar y adaptar todo el utillaje teórico. Los cambiantes tiempos en que vivimos nos obligan a hacer un gran esfuerzo para replantearnos muchas cosas, para renovar lo que se ha quedado viejo y ya no sirve, para saber replantear los problemas.

Ucelay Da Cal hablada hace dos años de que la historiografía catalana necesitaba una «reconversión»¹¹ para poder acabar con su aislamiento profesional y lingüístico y con la ausencia de espíritu de competitividad. Pero creo que el reto no es sólo de la forma de producir y de métodos, es también de objetivos finales.

Esta renovación y profundización sólo puede hacerse de forma adecuada, como recordaba hace unos meses Josep Fontana, en contacto con el mundo real; con un conocimiento directo e inmediato de los problemas de los hombres que pretendemos estudiar¹². Creo que es con esta voluntad de analizar

¹¹ Enric UCELAY DA CAL, *op. cit.*, p. 81.

¹² Josep FONTANA, «L'espai viscut i la fi de la història», en *Avenc*, número 147, Barcelona, abril de 1991.

y entender el mundo, nuestro pequeño mundo catalán y el más amplio de que forma parte, como los historiadores podremos comenzar a superar los déficits y las insuficiencias que hoy afectan a nuestra historiografía. Porque la historia no sólo no se ha acabado sino que está iniciando un período complejo, pero apasionante, que exigirá de todos, historiadores incluidos, una notable dosis de capacidad crítica.